

LARA

# Las mujeres que mantienen vivo el café de Copalar

ASDRÚBAL MORÁN\*

---

Aurelia Guedez, Rosa Luna y Elva Colmenares son las primeras mujeres que ocuparon cargos directivos en la Cooperativa Copalar, después de treinta años de protagonismo de los hombres. En el mundo campesino de Lara, sus historias son olor, sabor y frutos que, como el café, aprenden a crecer entre otras matas

---



LIDERESAS DE COPALAR: ELVA COLMENAREZ, AURELIA GUEDEZ Y ROSA LUNA.  
FOTO ASDRÚBAL MORÁN

### UN CAFÉ PARA RECORDAR

“Con el paso lento y la velocidad del rayo”, saluda Aurelia Guede y agrega que vino preparada para todo, “eso lo aprendí, desde niña”. Ella nació en Guárico, municipio Morán del estado Lara y pronto va cumplir 70 años. Es casada, tiene dos hijos y dos hijas, y en su comunidad, La Primavera, tiene el prestigio de ser “clara en sus planteamientos y colaboradora con sus vecinos”. Acompañando a Aurelia están Rosa Luna, 60 años, casada, dos hijas, de la comunidad de Villanueva, donde la conocen como “una buena amiga y solidaria”; y Elva Colmenares, 65 años, viuda, tres hijas y dos hijos, “una mujer constante y emprendedora”, que vive en el caserío El Alto. Ellas son las primeras mujeres que ocuparon cargos directivos en la Asociación Cooperativa de Servicios Múltiples Agropecuarios Lara (Copalar), después de treinta años de protagonismo de los hombres.

Elva Colmenares toma la iniciativa de preparar “un cafecito sabroso para compartir”. Mientras coloca la olla de agua en la hornilla le tiembla un poco el pulso.

—En 1970 caímos en cuenta que el intermediario comprador de café, el prestamista y las autoridades no nos consideraban. Unos pagaban muy mal el café, los otros cobraban con mucho interés mensual al hacer los préstamos y quienes gobernaban seguían ofreciendo promesas sin cumplirlas y los planes, cuando los hacían, no duraban un buen tiempo— rememora con las palabras entrecortadas.

A medida que el agua hierve, Rosa Luna intenta exponer sus argumentos “con un poco de fuego”, para destacar cómo ha tomado las iniciativas en su vida.

—Esto se va calentando —bromea—. Yo decidí podar mi vida tempranamente, renovarme, esperando brotar de otra manera, como otra rama. Aproveché un curso que organizó la cooperativa y allí me di cuenta que no hay que torcer el camino de la vida, no hay que imponerse a los otros, porque todos podemos estar, la broma es cómo lograrlo. Debe ser sin desplazar a nadie, todo desde su sitio, contando con la mujer y el hombre— comparte la lideresa y asegura que si uno entiende que el vecino y los demás son iguales, “las conversas son planas como es el horizonte”. —La vida es parecida al café porque este es libre, va haciendo su vida, sin pisar a nadie, dándonos olores, sabores y frutos para vivir, va abriéndose con las otras matas. Vive moviéndose como un Rey sin molestar a los otros Reyes— prosigue risueña.

Aurelia, que está ayudando a buscar las tazas, el azúcar y las cucharillas para servir el café, aprovecha el pequeño silencio de sus compañeras.

—Cuando ocurrían los derrumbes de las montañas en los caseríos, que trancaban carreteras y caminos, nos juntábamos e íbamos todos a reacomodarlas. Unos con palas, picos, machetes. Otros reuníamos para hacer la comida y darle a los que trabajaban. Todo esto fue naciendo promovido por la Legión de María conformada por los caficultores, los misioneros australianos —guiados por el Padre Vicente Arthur—, y el Centro Gumilla.

Recuerda que a partir de estas experiencias la comunidad sintió la necesidad de darle forma a lo que hacía y entonces legalizaron las Asociaciones Civiles de Crédito y Servicio y las llamaron Uniones. En 1980, veinticinco Uniones conformaron el Centro Regional de Abastecimiento y Mercadeo (Cramco) y en 1990 se convirtieron en la Cooperativa Copalar.

Sentadas en una mesa redonda y ya con el café servido, Rosa Luna continúa contando.

—Los caficultores vestimos de café estas montañas de Guárico y Villanueva, es el oro verde que nos ha salvado. Esto lo hicimos por nuestra cuenta. Con tanto descuido e injusticia sobrevivimos. Aprendimos a vivir así. Nos sentimos contentas, con muchas fortalezas, siempre ayudándonos, los unos con los otros.

La afirmación de Rosa Luna aparece en los escritos del historiador tocuyano, Pedro Rodríguez, quien

documentó que el café era el principal producto de las exportaciones y centro de las preocupaciones gubernamentales: “Estas cordilleras, las de Villanueva y Guárico, fueron pobladas con mucha fuerza por allá a finales 1895”.

Las mujeres aseguran que antes, muchas de las personas que trabajaban en las fincas venían de diferentes caseríos y otros pueblos en tiempos de cosecha; pero que ahora el empleo es poco y aquel modo de producir se fue olvidando y esto trajo pobreza para el caficultor, “un retroceso que no se ha podido recuperar”.

—El cooperativismo busca el bienestar de todos; por lo tanto, las mujeres y hombres podemos compartir los cargos, la información, el trabajo, los aprendizajes. Cambiar la pirámide de unos arriba, otros en medio y otros abajo. Romper el secretismo, la conchupancia y los vicios del cogollo que beneficia a los amigos, a los de arriba— reflexiona Rosa Luna.

Elva mueve la cabeza de arriba hacia abajo en señal de aprobación y escribe algo en su cuaderno.

—Yo todo lo anoto, no sé escribir mucho, así algo queda.

Al terminar la taza de café, Aurelia invita a sus compañeras a recorrer el galpón, sede de la Asociación Cooperativa Copalar. Asegura que la acción de las caficultoras y caficultores ha sido fuerte como esa construcción.

—Es grande, alto, se ve bastante e incluso tiene un letrero en el frente de medio metro cada letra. Pero usted pregunta en el pueblo de Guárico por Copalar y muy poca gente nos conoce. Así también es el liderazgo de la mujer; en las fincas, en los caseríos, en el hogar, en las Uniones siempre ejercemos tareas de líderes, pero solo se ve el trabajo del hombre.

El galpón industrial —de 30 metros de frente y 25 de profundidad— actualmente está arrendado. Tiene tres naves o divisiones en las que funcionan una bodega, un almacén de víveres al mayor y la oficina de Capacitación de Fe y Alegría. Fue en este espacio donde por más de treinta años, y con el aporte monetario de los socios caficultores, conformaron un gran capital y con eso fueron atendiendo necesidades del productor de café, “pero las malas administraciones quebraron Copalar en el 2010”.

Aunque las mujeres conocen la historia, un gran silencio se apodera del lugar. Recorren con sus ojos el estado actual del galpón y una oficina donde están todavía los equipos que quedaron de la quiebra.

### LO QUE TANTO ESFUERZO COSTÓ DE MANERA FÁCIL DESAPARECIÓ

De vuelta a la mesa redonda, con las tazas de café vacías y la sensación de haber caído, Elva, la que todo lo escribe, mira el piso y hojeando su cuaderno retoma la historia de Copalar.



COCINA TÍPICA DE LEÑA DONDE LABORAN LAS MUJERES, COMUNIDAD VALLE HONDO, VILLANUEVA. ARCHIVO CENTRO GUMILLA



INTERVENCIÓN DE UNA MUJER MERIDEÑA, MIEMBRO DE LA FEDERACIÓN DE CAFICULTORES DE VENEZUELA. ASAMBLEA CRAMCO. AÑOS 80. ARCHIVO CENTRO GUMILLA

—Con Cramco, en 1980, empezamos a comercializar café, obteniendo muy buenos precios. Teníamos créditos, trajimos técnicos agrícolas que nos ayudaron a mejorar las fincas, comprábamos y vendíamos maíz y caraotas al mayor. En la Unión nos reuníamos mensualmente y esa experiencia la hicimos con productores de Portuguesa, Barinas y Trujillo.

Cuando en 1990 salieron de Cramco, fundaron Copalar y continuaron comercializando el café, otorgando los créditos, hicieron el abasto de consumo e insumos, compraron un galpón en Barquisimeto donde instalaron la fábrica de café tostado, la pulidora para exportar café a Suecia y Holanda. También empezaron con las escuelas campesinas con Fe y Alegría, los comités de salud, los fogones mejorados, el café orgánico, compraron un camión y una camioneta. Posteriormente, obtuvieron el galpón de Guárico. Compraron terreno y construyeron un gran salón en Villanueva para las reuniones, asambleas y el pilón de maíz. Tenían médicos, farmacias y servicios funerarios para los asociados.



CASAS DONDE SE REÚNEN MENSUALMENTE LAS UNIONES, COMUNIDAD LA PAZ, MUNICIPIO MORÁN. ARCHIVO CENTRO GUMILLA

Rosa Luna, que no escribe tanto pero confía en su memoria, resalta que, a veces, los entes gubernamentales no toman en cuenta el alza o baja del precio del café y todo queda en “sálvese quien pueda”.

—Con tantos problemas y el descuido del área rural, los caficultores no nos retiramos de la producción, ni dejamos solo el campo, seguimos el matrimonio con la montaña, cuidando los bosques asegurando el agua del río Morador que va al estado Portuguesa y del río Tocuyo que va a la represa Dos Cerritos.

Cuando Copalar quebró, los caficultores tampoco se quedaron con los brazos cruzados. A pesar de que la tarea fue grande, se dedicaron a “sacar cuentas”, “a quiénes debíamos”, “cuánto teníamos”, “vender lo que nos quedó”. Para esta labor, por primera vez, la asamblea de Copalar admitió a una mayor cantidad de mujeres en la directiva, aunque en el 2006 ya estaba Alida Manzano, lideresa campesina de la Unión Mirasol.

—Fueron cinco años de preocupaciones. Les debíamos a 32 trabajadores, al prestamista, al banco, al gobierno, al seguro, debíamos pagos de servicio. Poco a poco fuimos vendiendo bienes y logramos pagar todo. También nos tocó defender el galpón de Guárico

ante una medida judicial de ocupación dictada por un Tribunal— explica Rosa Luna.

Aurelia GuedeZ también describe “la vida nueva que desde 2015 se vive en Copalar” y que llaman “la refundación”. Durante esta etapa las mujeres se dedicaron a cuidar el galpón e iniciaron una “nueva capitalización” con lo que compraron y vendieron cambures, maíz y bolsas de comida.

—En esos tiempos muy pocos colaboraban, pasábamos mucho tiempo solas, trayendo nosotras la comida, sin ninguna remuneración, dándole calor al local— dice Aurelia.

Las Uniones se volvieron a activar en dieciséis caseríos de las parroquias Hilario Luna y Luna, capital Villanueva; y Guárico, capital Guárico, ambas parroquias del municipio Morán, estado Lara. Los productores de café, en total 107, han vuelto a encontrarse cada mes. Son reuniones informativas, educativas y de interés comunitario donde hablan de cómo van las fincas, lo que pasa en el mundo y en la comunidad.

—Estamos capitalizándonos de nuevo e impulsando la integración en la Cooperativa Copalar—se entusiasma Aurelia.



MAPA GEOGRÁFICO DE LA ZONA DE CULTIVO.

FOTO BLOG DANIELA ECHEVERRÍA

### EL LIDERAZGO FEMENINO: UN PASO ADELANTE Y UN PASO ATRÁS

Cuando se les pregunta a estas mujeres por sus roles de liderazgo, cada una encuentra el origen de las dificultades en sus propios núcleos familiares, donde han tenido que dialogar con sus esposos para que no sean ellos los únicos que tengan la voz cantante.

—Yo no soy líder. Me ha gustado trabajar de otra manera en la familia, la comunidad y en las organizaciones donde he estado. Cuando me casé, yo le dejé claro mis criterios a mi esposo. “Acá los dos somos dueños de este hogar, usted pone dinero y yo también. Como los dos ponemos, en esta familia todo lo que ocurra lo conversamos y si no estamos de acuerdo lo guardamos hasta que logremos un consenso”. Yo nunca me dejé de él y yo tampoco le impuse nada. Eso lo aprendí yo en la vida— dice Aurelia, la primera que se anima a intervenir.

Rosa mueve la silla y se coloca de pie, camina de un lado a otro.

—Yo empecé tarde. Un día comprendí que las oportunidades no las aprovechaba bien por dejar las decisiones en mi marido. Que cuando las cosas salían bien, solo él ganaba y cuando salían mal yo era la culpable. Hablamos el punto y ahora muchas de las cosas de la casa la hacemos con la opinión de él y la mía— comparte Rosa su experiencia.

Un breve silencio se apodera de la reunión. Las mujeres se miran entre sí, como admiradas por lo que cada una de ellas está diciendo.

—Me incorporé a esto porque había pocos hombres y mujeres que querían asumir cargos directivos. El asumir estas nuevas tareas lo vi normal, porque ya había muchas mujeres participando en consejos comunales, en las Unidades de Batalla Hugo Chávez (UBCH) o en comunas— agrega Elva.

De alguna manera estas situaciones en sus hogares son un espejo de lo que ocurrió en Copalar, donde la asamblea estaba compuesta en un 80 % por hombres.

—Siendo honestas con lo que pasó, lo que permitió nuestra incorporación fue su incapacidad para resolver situaciones exigentes y conflictivas, por eso nos cedieron el paso, aunque en la cotidianidad no hubo dificultades para trabajar tanto los hombres como las mujeres. Todo lo hicimos sin ningún tipo de diferencias— asegura Aurelia.

Rosa Luna dice que en el campo pareciera que hay distribución de tareas, el hombre se ocupa de la finca y la mujer del hogar, pero en realidad existe una sobrecarga del trabajo en el sexo femenino y “el hombre sigue teniendo igual o más poder que antes”. Por esta razón, al seleccionar cualquier cargo en las organizaciones comunitarias, a la mujer se le relega mientras que el que resalta y ocupa posiciones dominantes es el hombre.

Las tres lideresas coinciden en que la mujer campesina sigue manteniendo un importantísimo rol en lo económico, pues muchas veces constituyen la principal fuente de supervivencia del grupo familiar; pero al mismo tiempo aseguran que a pesar de tener mucha participación e importancia en la economía del grupo doméstico, “no se ha producido un cambio en la vida social del caserío para el bien de los dos sexos”.

—Aunque son muchas las responsabilidades y tareas donde las mujeres invertimos mucho esfuerzo y atención, solo el hombre goza y se le reconoce el derecho al descanso, el sábado o domingo con los amigos— insiste Elva.

Lo compartido por Elva, Aurelia y Rosa no se trata de un clamor silencioso, el trabajo que desempeñan en Copalar sigue calentando el fogón del liderazgo femenino en el mundo campesino de Lara, donde el rol de las mujeres ha sido esencial para mantener vivo el café.

\*Educador, cooperativista, acompañante de procesos educativos populares y coordinador regional de formación comunitaria del Centro Gumilla Lara.